



La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas

*Redacción y Administración:
Diputación, 292 - Barcelona*

Año I

Núm. 5

SIN RUMBO

*Sentimental producción, interpretada por la eminent
artista italiana*

MARIA JACOBINI

y el prestigioso actor

CHARLES WILLY KAISER

Superproducción

TRIANON FILM, A. G. (1924-1925)

BERLIN

*Exclusiva de MODESTO PASCO
Rambla de Cataluña, 62.—BARCELONA*

SIN RUMBO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Comienza la acción en Londres.

En el despacho del abogado y notario Tomás Smith, Roberto Irving, huérfano bruscamente de padre y madre en la plenitud de su adolescencia, e ingeniero de minas, escucha, con religioso respeto, los consejos del letrado.

—La desgraciada muerte de tu padre ha dejado por aclarar varios asuntos financieros, y yo estoy dispuesto a poner las cosas en su buen lugar. Para ello necesito de ti la seguridad de que te confías sin prevención a mi leal amistad con tu pobre padre y contigo. Mis trabajos tal vez serán lentos, pero no debes desmayar un solo instante; lo que se pueda hacer, yo lo haré. Tu padre ha sido en todo momento un hombre de honor. Azares de los negocios, complicados con desengaños, le indujeron a separarse de este mundo. No deja deudas, es verdad; mas tampoco dinero. Nada de lo que fué suyo pasa a tu poder. Las hipotecas se lo llevan todo. No te queda otro recurso para vivir que el de trabajar. Tu carrera te pone al margen de empleos irrisorios. No dudo que sabrás enfrentarte como hombre de valor con la nueva existencia que se te presenta. Acaso algún día pueda darte mejores noticias. Entretanto, ¿aceptas que yo vele por tus intereses?

—A ciegas, don Tomás. Sé que es usted un perfecto caballero.

—Gracias, Roberto. No esperaba menos de ti.

3

Pruébalo este documento que te agradeceré firmes.

El texto del papel es el siguiente:

Concedo poderes notariales a don Tomás Smith, a fin de que proceda a la liquidación de los negocios de mi difunto padre.

Roberto firma.

La conversación trata ahora de varios asuntos. En ella interviene la señora Smith, quien compadece para sus adentros a Roberto, por la repentina ruina en que se encuentra de cariño paterno y de carácter material.

Durante la plática, el ingeniero pronuncia un nombre que suena mal al oído del abogado. Se trata de un tío de aquél: Jorge Irving, propietario de una explotación hullera en el condado de Newcastle.

Roberto ha pensado en la industria de su paciente con la idea de pedirle un porvenir en ella.

El notario no encuentra mal la intención del hijo de su desdichado amigo, sino que al contrario le estimula a llevarla a la práctica.

Sin embargo, cuando Roberto sale de su despacho, don Tomás le dice a su esposa:

—Si ese muchacho supiera la responsabilidad que su tío tiene en la desgracia que le aflige, serfa capaz de cometer una locura. ¡Quería tanto a su padre, que adoraba en él!

—Debes evitarle siempre la menor sospecha. Roberto es joven y sabe para qué sirven las manos. Así—bondadoso hasta los últimos latidos de su corazón—, te rogó su padre que hicieras.

En efecto; en una carta, el finado dirigía súplicas de silencio al notario.

...Los desleales manejos de mi hermano me llevan a la quiebra y no me queda otra solución que el suicidio.

Roberto se confiará a ti. Que jamás sepa la traición de su tío. Que el odio no envenene nunca su vivir.

Vela, amigo del alma, por él. No le dejo otra herencia que la de mi honradez.

Adiós. Perdóname, Tomás, mi cobardía ante el fracaso de mi vida...

William.

Roberto se prepara para partir a Newcastle.

En ese lugar, y en los alrededores de la explotación hullera, hay un bar flotante, instalado en una vieja barcaza.

Cuida de la cantina, a la que afluyen los mineros, Mary, sencilla y simpática muchacha, ídolo de mozos y viejos. Pero ella no es la dueña, sino su tía Berta, con quien vive desde que murieron sus padres, allá en su niñez.

Las dos mujeres habían acogido a Tom, un inválido a raíz de una desgracia en la mina. Es un chico joven, delgado; insignificante. Mary fué el hada que hizo el milagro de salvarle de la desesperación cuando aquél se encontraba solo y sin fuerzas, sin más esperanza que el refugio de un asilo. Gracias a ella, tía Berta permitió asegurarse en la casa flotante comida y lecho... a cambio de servirle como criado.

Para Tom, Mary es la santa de su vocación, su hermana, su madre, todo. En ella halla siempre consuelo de su desgraciada vida. Es idiota extiernamente. Su corazón, niño aún, sufre y calla y sólo goza cerca de su protectora.

Tía Berta no le trata con cariño ni consideración. El interés ocupa un lugar predominante en ella y pospone a él cualquiera otro sentimiento. Quisiera ser rica, no preocuparse por su vejez, y los me-

dios, fueran éstos los que fueren, le importarían poco.

A la hora de comer al mediodía, llénase el bar de obreros.

Allí, ingiriendo la olorosa sopa, y departiendo



Mary, sencilla y simpática muchacha, ídolo de mozos y viejos.

en franca camaradería unos y otros, olvidan los humildes su trabajo abrumador.

Mary es el alma durante tan grato descanso de aquella pródiga gente.

Todos la quieren; todos bromean con ella.

Ella les corresponde de igual manera, y sabe con

habilidad decepcionar a los más sentimentales y ponerlos en equilibrio.

Un día, encontrándose Mary en agradable coloquio con uno de los jóvenes mineros que más en serio parece haber tomado el deseo de hacerse querer por ella, llega al bar un antipático cliente.

Ese es Oliverio Monks, hombre sin conciencia, que se ha enriquecido con el producto de obscuras operaciones de compra-venta de caballerías. Vive en la comarca, donde tiene amplias cuadras, y sus vecinos, que rehuyen su trato, le temen por su brutalidad.

Sin que el hecho de no estar sola Mary le imponga discreción, Monks se le acerca, la saluda, olvidándose de hacerlo al minero, y le dice:

—Marincha, toma, para que veas que ni ausente te olvido. Hace tres días que no te veo.

Le ofrece un pañuelo de seda.

Mary lo rechaza considerando no tiene por qué recibir regalos, y como Monks insiste, toma el obsequio, pero se lo da a su vez al obrero.

El traficante en caballos se aleja ocultando su despecho de los dos jóvenes, con el ánimo de encontrarse luego a soñas con Mary.

Entra en el bar. Atraviesa el comedor. Tropieza con Tom y lo aparta de sí de un grotesco empeñón. Los mineros le echan más de soslayo que de frente miradas de repugnancia. Desaparece por la puerta de la cocina, para ir a saludar a tía Berta, pues ambos son muy amigos.

A poco Monks se sienta a una mesa en el "restaurant", y se hace servir buenos platos.

Mary ayuda a Tom, mientras el minero con quien estuvo hasta la llegada de aquél, se reune con unos compañeros para comer juntos, y les cuenta entre

eucharada y eucharada de sopa cómo ha llegado a su cuello el pañuelo que lo rodea.

—Mary me lo ha puesto. Se lo ha traído el tipo de los caballos que la pretende, el diablo sabe con qué intenciones, pero ella no ha querido lucirlo y ha pensado en este pobre mortal.

—Eso es un buen augurio para ti. Mira que si te casaras con Mary...

—Todo puede ser. Soy de su clase. Que me prefiere al rico, no me cabe la menor duda.

—Si ese sujeto es tan malcarado...

—Y como Mary no es de las que buscan dinero...

Monks escuchó hasta aquí a los trabajadores; mas no puede seguir atento a lo que van diciendo. Molesto por el relato de su "rival", se levanta, se dirige a él, lo provoca, y surge una riña cuerpo a cuerpo allí mismo.

Mary acude. Monks, todo a su instinto de venganza, no respeta su presencia y derriba cruelmente al contrincante, muy inferior en fuerza a él.

A pesar de tenerle en tierra y a su merced, Monks intenta seguir brutalizando al obrero, encarándose furioso con los amigos de éste que pretenden salir en su ayuda.

En este momento, por lamentable coincidencia, llega a la barcaza el subdirector de la explotación hullera.

Este se entera de la riña habida, y se pone al hablar en el acto con tía Berta, a solas con ella y Mary.

—¿Es usted la dueña de esta cantina, verdad?—le pregunta a la primera—. Pues bien; hemos recibido órdenes del director para comenzar los cargaderos en este muelle, por lo que le ruego desamarre sin demora la barcaza y tome fondo en otro

lugar de la ribera que no precisemos para nuestras obras.

—¡Esto no es posible, señor!—exclama la mujer—. ¡Tenga usted en cuenta que la obligación de trasladarnos de aquí representaría nuestra ruina!

—Ordenes superiores me impiden atender sus razones. Deben ustedes marcharse inmediatamente.

—Pero, señor, hágale usted ver a la Dirección que nosotras vivimos de los mineros, y que alejarnos de la explotación es ponernos en la miseria. Haga usted que nos dejen aquí aunque construya la Compañía los muelles que necesita.

—Lo lamento, señora, mas no puedo complacerlas. Es inútil, además, pretender que el director señor Irving revoque su propia orden.

Al borde de la ruina, las dos mujeres quedan tristes y meditabundas. El caso es gravísimo. Mary se rebela interiormente contra la tiranía de los poderosos.

Monks, cual gávilan al acecho de la ocasión oportuna para arrojarse sobre la apetitosa paloma, susurra a tía Berta la solución que él puede proponer para evitar los amargos días sin negocio.

—Si Mary consiente en *portarse bien* conmigo, nada os faltarán ni a ti ni a ella.

—Háblale tú mismo. En tan crítica situación acaso consigas convencerla—contéstale a Monks tía Berta.

Aquél lo hace, procurando ser diplomático.

—Mary; bien sabes cuánto te quiero, y que me casaría contigo si no fuera casado. No ignoras que no vivo con mi mujer... por incompatibilidad de caracteres... A quien yo amo es a ti... a ti sola. Complaceré todos tus gustos, desde ahora, si pronuncias una sola palabra.

Mary mide al osado con desprecio, y horrorizada por la trágica visión de su venta, replica:

—¡Eso jamás! ¡Su proposición es una bajeza a la que nunca descenderé!

Y para desahogar el dolor del insulto, Mary busca la soledad de su cuarto.

Y sólo Tom, el pobrecito idiota, comparte su honda pena.



—¡Eso jamás! ¡Su proposición es una bajeza a la que nunca descenderé!

—¿Por qué lloras tú, Mary, si eres tan buena?

—¡Oh, Tom, si tú supieras!...

El muchacho se abraza como un niño a ella, y también sus ojos sueltan lágrimas.

**
Mary, dispuesta a intentar que el señor Irving se apiada de ella y su tía, se persona en su casa.

No lo encuentra. Está en la estación esperando a su sobrino Roberto, a cuya demanda de empleo ha contestado en seguida favorablemente, impulsado por el remordimiento de su conducta para con el que arruinara y llevara a la muerte. Pesar tardío para reparar lo irreparable; pero que ayudaría a crearse un porvenir seguro y brillante al hijo de su víctima. La plaza que le reserva es la de jefe técnico agregado a la Dirección.

Roberto va hacia su tío sin prevención, ya que ignora sea él la causa de su dolor.

Al llegar ambos a casa del segundo, encuentran en el salón a Mary.

—¿Qué quiere esa mujer?—pregunta Irwing al criado que la presenta a distancia de ella.

—Es la sobrina de la dueña de la barcaza que frecuentan los mineros.

—Señor, he venido a suplicarle que no nos echen ustedes de donde nos ganamos el pan.

—No siga... No quiero oír hablar de ese bar en el que continuamente se arman escándalos y riñas.

—¡Ah! Ya salió el verdadero motivo. Las riñas. Estas son inevitables entre algunos de los mineros que beben con exceso. En el bar y fuera de él se acometerán si eso les empuja a hacer el vino. Lo de los muebles es sólo una excusa, contra la que nada podemos nosotras, para arrojarnos. Es una injusticia lo que se pretende hacer. Es el abuso de la fuerza que les concede el dinero. Es...

—Basta, señorita—dilecele Roberto a Mary—. Es usted una mujer y ciertas palabras no son propias de sus labios. Mi tío ha pronunciado su última palabra, y debe usted respetarla. Conque, lo mejor es que se vaya y suelte cuanto antes las amarras de la embarcación.

—Es una crueldad lo que ustedes cometan; si, una crueldad.

—Señorita, máchese... y obedezca.

—Es usted digno pariente de ese hombre. Sin alma, como él.

—¡Fuerá ya de mi casa, insolente chiquilla! Y te advierto que si al mediodía de mañana no os habéis alejado de la ribera, os haré echar por



—Señorita, máchese... y obedezca.

mis obreros—amenaza Irwing a Mary.

—Sí, ya me voy. Pero antes quiero que sepáis los dos que vuestro egoísmo no os hará nunca acreedores a la felicidad. Y si así tratáis a vuestros obreros, acaso algún día os sepulten en las galerías donde ellos se consumen. ¡Lo tendréis merecido!

—¡Fuerá! Echala, Roberto, sin contemplaciones.

—No me toque. Sé salir sola.

Y Mary regresa llena de dolor a la barcaza, y da cuenta de su infortunada gestión cerca de Irving a su tía Berta.

—No hay esperanza, tía. Debemos alejarnos de aquí.

—¿Qué va a ser de nosotras?

—Y de Tom?



—No hay esperanza, tía... Debemos alejarnos de aquí.

—Ese no me preocupa. Con mis pequeños ahorros y la venta de esta barcaza, yo podré ir viviendo... pero tú...

—No me moriré de hambre, tía. Soy joven y puedo trabajar en cualquier parte... de cualquier cosa...

—Trabajar afanosamente para ganar una mis-

ria, cuando tú tienes al alcance de tus manos el dinero que quieras...

—No hablemos de eso, tía, por favor.

—Reflexiona, Mary, hasta mañana. De lo contrario... me sería penoso... pero deberíamos separarnos.

En su cuarto, Mary recuerda que tiene una amiga en Londres que la recibiría muy a gusto en su casa, y relea una carta que aquella le mandara tiempo atrás.

Si por cualquier causa la vida al lado de tu tía se te hace intolerable, acuérdate de que al mio tendrás siempre un hogar.

Soy pobre, pero agradecida. Lo que hizo tu santa madre por mí en las primerías de mi viudez, no lo olvidaré nunca.

Tengo aquí algunas relaciones y me sería posible ayudarte a buscar un empleo.

Mucho te quiero, como te consta.

Juana Blythe.

Tu casa: Reed Street, 36, 4.^o

La lectura de esa carta da alientos a Mary. No está sola en el mundo. Y se duerme más tranquila.

A la mañana siguiente.

Una comisión de obreros enterados de la orden dada a tía Berta de abandonar aquella parte de la ribera, se dirige a la Dirección de las minas para expresar a Irving su deseo de que se permita seguir en el mismo lugar a la barcaza-cantina.

—Esa embarcación nos es un amable refugio en nuestras horas de reposo—dice uno de los mineros.

A lo que contesta Irving secamente:

—Necesitamos los terrenos para los nuevos carpaderos y muelles... y aunque no molestara para tales obras, como ese refugio vuestro sólo sirve para reuniones y rifas, no quiero tolerarlo más.

Ante su fracaso, los mineros se inclinan, presas de rencor, a acatar el mandato de proceder inmediatamente a la destrucción de los cobertizos inmediatos a la barcaza y luego al desamarre de la embarcación, bajo las órdenes de Roberto.

Tía Berta, estimulada por Monks siempre a la que salta, remacha el clavo en el espíritu de su sobrina con ánimo de derribar sus escrúpulos.

—Sé amable con Monks, hija mía. Hoy, distintamente a ayer, le tengo horror al porvenir. Ni con mis ahorros ni con la venta de todo lo que poseo podré asegurarme una existencia de las más modestas. Estoy asustada de mí misma. Nunca le tuve tanto miedo al mañana. La alianza que Monks te propone nos pondría a cubierto de toda zozobra.

—Calla, tía, por Dios... Parécmeme imposible que me hables de este modo. ¡Nunca consentiré en lo que de mí pretende ese bruto con dinero! ¡Nunca!, ¡lo oyes?...

—¡Eres desagradecida e ingrata! ¡Un perro sapria corresponder mejor a lo que hice por ti hasta ahora!

—Me diste más hospitalidad que cariño y yo te correspondí con mucho cariño y mucho trabajo. Si aun te debo algo, yo seguiré trabajando para ti y para mí. Si sólo comemos pan, lo comeremos al menos con honra.

—Calla. Hacia aquí viene Monks. En efecto, éste, que esperaba la respuesta de Mary, y que lo ha oido todo detrás de una puerta, aparece para dar por sí mismo unos martillazos en el clavo que tanto él como tía Berta quieren despiadadamente hundir en los prejuicios de la muchacha.

—Quería decirte, Mary, que aunque mi físico no

sea precisamente muy agradable, para ti llegaría a serlo, porque tu amor lo transformaría. Me lo dice lo que tengo aquí dentro. ¡Por qué no te decides a quererme un poco?

—Váyase, Monks, se lo ruego... o me marcho yo.

—Detente. Mira. Unos mineros echan a tierra tus cobertizos mientras otros van a desamarrear la barca.

—¡Dios mío! Nos arrojan como si fuéramos mala gente.

—¡El negocio es el negocio, Mary... aquí y en todas partes!...

—¡Oh, tía! ¡La barcaza se mueve!

—¡Pues no lo ves? Van soltando la cuerda que la sujetaba al borde de la ribera—dilece Monks friamente.

—¡Mary, Mary, si tú no lo remedias, estamos perdidas!—gime tía Berta.

Alocada, la acojada muchacha salta a tierra, alcanza a los obreros que iban a soltar totalmente la cuerda de amarre, se la arranca de las manos, y aunando sus fuerzas la enrolla nuevamente al pilón, para que la embarcación no parta sin rumbo con Monks dentro.

Roberto ve la hazaña de la joven, y tras de reprimir a los mineros por su pasividad, le quiere quitar la cuerda a Mary.

Esta se opone a ello con ahínco; Roberto se enoja y forcejea con ella para salirse con la suya. Monks presencia la escena desde a bordo, sonriendo cínicamente.

Mary, previendo que Roberto vencerá pronto su tenaz resistencia, grita desesperadamente.

Entonces Tom, que con ella ha saltado a tierra, cree que Mary está en peligro, y acude en su

auxilio blandiendo una vigueta de hierro que des-
carga en la frente de Roberto.

Lanza Mary un grito de horror a la par que,
manándole sangre por la frente, cae a tierra Ro-
berto.

Los mineros, estupefactos, conducen apresurada-
mente al herido a la barcaza y a la habitación de
Mary.



...le quiere quitar la cuerda a Mary.

Se avisa al doctor de la Compañía y asimismo
a Irving y se da parte del suceso al juzgado.

Acuden aquéllos, practica el médico la primera
cura, y el director de la explotación sufre ante el
dolor por que pasa su sobrino.

Acude el juez de la localidad, y Tom es detenido
a pesar de la defensa que de él hace Mary basada
en su atontamiento.

El deseo de Irving es que se lleve a Roberto a
su casa, pero el doctor le disuade del mismo mani-
festándole:

—Es imposible su traslado. Deberá permanecer
aquí. Necesita absoluto reposo.

Monks hace una mueca de disgusto.

Tía Berta le imita.

Mas no Mary. Esta reconoce su responsabilidad
en el accidente y anhela en el alma devolver la
salud al herido con sus desvelos.

**

Ha transcurrido un mes. Mary, con admirable
abnegación, ha cuidado de Roberto.

Tan pronto supo éste que Tom había sido dete-
nido, retiró la acusación presentada contra él, para
libertarle, y el pobrecito inválido vuelve loco de
alegría a la barcaza.

Mary recibe con su regreso una gran sorpresa.

El muchacho se arroja en sus brazos, y temblo-
roso de emoción rompe a llorar.

—¡Gracias al señor Roberto soy libre, Mary!—
exclama.

Mary lleva a Tom a la habitación de tía Berta,
y allí los dos se abrazan fraternalmente.

—¡Qué contenta estoy de volver a verte!

—He sufrido mucho lejos de ti, Mary, porque
nadie me acariciaba. Tú eres tan buena conmigo,
que te quiero como quise a mi madre... acaso
más...

—No, Tom... Más que a tu madre no amarás a
nadie.

—Sí, sí, Mary...

—Porque tú, Tom, has olvidado cuanto te quiso
la tuya... Si aun viviese te querría más que yo...
mucho más...

—Es que yo soy tan feliz a tu lado...

—Yo también, Tom.
—¿Me permites que te pida una cosa?... Déjame ir a darle las gracias al señor Roberto.
—No, ahora no.
—¿Duerme?
—Es muy probable.
—Me aceraré a él con la punta de los pies... sin hacer el menor ruido. Así; ¿ves?... No duerme.



—¡Qué contenta estoy de volver a verte!
¿Le llamo? Señor Roberto... señor Roberto... Soy yo... Tom...
Aquél le mira un momento; luego, cariñoso le tiende una mano que estrecha el inválido.
—Gracias, gracias, señor Roberto... y perdón, perdón... Yo no quise hacerle daño.
—No ha sido nada, muchacho... Pronto estaré curado...

—¡Oh, sí, sí!

Mary contempla la sentimental escena del olvido del agravio, y siente, turbada, que su simpatía por su enfermo se transforma en un afecto dulce, acariciador, irresistible...

Algunos días después, convaleciente ya, Roberto se complace en todo lo que pertenece a Mary, a cuya solicitud debe su vida.

Una vez, ambos hablan de sí mismos.

—Dichosa usted, Mary, que aun tiene padres. Los míos murieron ya.

—Yo también soy huérfana, señor Roberto. No lo sabía usted, ¿verdad?

—Entonces esa mujer...

—Es mi tía. Vivo con ella a cambio de mi trabajo.

—No la quiere a usted como a sobrina?

—A su manera sí... pero a su manera nada más.

—Dígame, Mary, ¿quién es ese hombre que alguna vez se ha asomado a la puerta de esta habitación estando usted en ella?

—Oliverio Monks es su nombre. Trafica en cabañas. Me asedia para satisfacer un capricho insano suyo. ¡Ah, si tía Berta fuera mi madre, no toleraría ni un minuto más la presencia de ese hombre en este hogar! Pero como él le ofrece dinero...

—Bien veo que no es usted feliz. ¡Cuánto me apena saberla desgraciada! Aquel día que yo mismo, en casa de mi tío, estaba dispuesto a echarla ante sus duras palabras, no la conocía a usted. Hoy comprendo la crítica situación que le hizo recurrir a aquella violenta postura. Y, créalo, Mary, me arrepiento de mi error, porque es usted una mujer que merece ser dichosa.

—Sin afecto sincero, aparte del del pobre Tom, no puedo ser más que una soñadora...

—Quién sabe, Mary... Es usted joven, muy joven aún, bella...

—Es usted bueno como Tom... Como él busca palabras que me sean gratas... No tengo derecho a su amabilidad después de haber sido la causa de la herida que le ha puesto en trance de peligro.

—;Si yo le dijera... Mary... que por esa herida abierta en mi frente ha penetrado en mi pensamiento para siempre el rostro de una mujer?...

En tanto, tía Berta y Monks, en el comedor, hablan acerca de Roberto y del desamarre de la baza.

—;Desengáñate, Berta! Ese en cuanto esté curado se largará sin pagar un céntimo, y su tío, que ha venido aquí poco para no veros a ti ni a tu sobrina, os obligará a marcharos con más exigencia que antes.

—Tú no nos abandonarás, ¿verdad? Si nos protejes sin que Mary se entere, y sigues frecuentando este hogar, vaya a donde vaya, y te muestras asiduo siempre con ella, más tarde o más temprano lograrás el fin que persigues.

—No me conviene el trato. Te lo repito por última vez: si Mary no se decide en seguida, antes de que os vayáis de aquí, no me acordaré más de vosotras.

Un empleado de la Compañía interrumpe con su llegada la conversación de tía Berta y Monks.

Viene aquél a preguntar a Roberto, de parte de su tío, cuándo piensa regresar a su casa...

—Mañana—responde Roberto.

Mary se entristece, y cuando él vuelve a la habitación, dícele:

—;Nos quiere abandonar ya? ;Tan pronto?

—Es preciso. Mi tío me necesita. Además, he abusado mucho de su hospitalidad de usted, Mary. Mucho le debo ya, cariñosa enfermera!

Para ocultar su pesar, Mary deja solo a Roberto, y al atravesar el comedor ve a tía Berta, que la esperaba y que le habla así:

—Ya era hora de que se decidiera a dejarnos en paz ese hijo de rico. Pero a lo menos que no se vaya sin pagar estos días de hospedaje.

—Cállate, tía, por Dios. Puede oírtre.

—Eso es. Defiéndelo encima de que en pago nos arroje de este lugar. Ya verás cómo se lo digo.

—No, no lo harás. Yo no quiero que lo hagas.

—Eso corre de mi cuenta.

—;Te digo que no, vayas a decírselo! Te pesará si lo haces.

—;Aparta!

—;No!

—;Pues toma!; tú lo has querido.

Mary se apoya para no caer en una mesa. Ha recibido un golpe en el pómulo derecho con el paquete de llaves de tía Berta.

De la herida sale un hilillo de sangre roja.

Ante la consecuencia de su rencoroso gesto, tía Berta márchase refunfuñando a la cocina.

Mary cree que su tía, arrepentida de su brutalidad, la complacerá no reclamando a Roberto ninguna cantidad, y que éste no se enterará de nada; pero se equivoca.

Roberto lo sabe todo, porque todo lo ha visto. Al comenzar a discutir las dos mujeres asomóse a su cuarto y desde allí vió y oyó. Está admirado de Mary, toda bondad y honradez.

—Mary...—murmura acercándosele.

—;Usted?

—¿Por qué oculta de mí ese rostro que llora? No le merezco confianza? Acabo de apreciar en toda su importancia lo que usted vale. Yo no quiero que sufra más, ¿lo oye? Usted no puede seguir viviendo en compañía de esta gente grosera, ¿me entiende?

—No ha sido nada, Roberto. Esto pasará como otras cosas pasaron.

—No, Mary... Yo... yo te quiero...

—No se burla, Roberto, no me haga usted sufrir más...

—Te quiero, Mary, te quiero...

—No es cierto, no es cierto.

—Sí, Mary... te amo.

Aquella noche desbordó del pecho de la doncella el amor que sentía por Roberto, y la sed de felicidad sacióse locamente.

El nuevo día amaneció con una flor más en el jardín de la vida y un capullo menos en el invernadero de la esperanza.

—Roberto, ¿tú no me engañas? No puedes dudar que te quiero... Si me olvidases, me moriría de dolor.

—No temas, Mary. Cumpliré mi palabra sin que nadie pueda oponerse a ello. Adiós. Mi tío me espera. Vendré luego, te lo prometo.

Irwing paga a tía Berta con largueza mientras espera a su sobrino, y cuando sale con él, Roberto entra de nuevo en el bar y le dice a aquéllo:

—Tome estos billetes. Son para Mary, a fin de que se prepare para lo que ella sabe.

Mary ha visto la acción de Roberto, mas no ha oido sus palabras, y aquéllo se le antoja la compra de su lozanía.

—¡Oh, infame!—clama, roto su corazón.

Y ante su felicidad deshecha, su fe destruída y ya sin rumbo su vida, Mary se ve en las garras de tía Berta pronta a entregarla a Monks.

Desesperada, llena de amargura ante tanta bajeza, decide huir a Londres, y lo hace con la complicidad de la noche.

**

Tía Berta se explica la fuga de su sobrina con



—Si me olvidases, me moriría de dolor.

una carta dejada por ella.

El dinero que aceptaste de Roberto es para mí la mayor afrenta que he recibido. Me marcho de tu lado para siempre. No me busques. He muerto para ti.

Mary.

Monks, enterado por tía Berta del vuelo del pájaro codiciado, se atreve a ir a reclamársela a Ro-

berto en la creencia de que él sabe dónde se encuentra.

El ingeniero no acierta a comprender la locura de Mary, y con gran dolor se pierde en un mar de confusiones.

Entretanto Mary llega a Londres.

Se encamina a casa de su amiga, y en llegando a ella el destino le reserva una sorpresa: Juana no está. Pocas horas antes se la habían llevado al hospital para mejor atender en él una dolencia de cuidado.

Una vecina cuida de las dos hijitas de la enferma en espera de que vaya por ellas la señora Smith, esposa del notario que ya hemos tenido ocasión al principio de esta novela de conocer.

Mary se compadece de las pequeñas, y como comprende que tienen hambre, sale de la casa y les compra algún alimento. Sacrifica en aras de un humanitario sentimiento sus escasos recursos, y la fatiga y la debilidad la vencen. Su desmayo es aparatoso.

La señora Smith la socorre, y enterada de que está sola, y gratamente impresionada por el caritativo gesto que ella ha hecho con las niñas, la lleva a su casa.

—La encontré con las niñas. Se ve que es una excelente muchacha. Pediré informes suyos y podremos quedárnosla, ¿no te parece?—dile a su esposo, refiriéndose a Mary, la señora Smith.

—Si la necesitas...

Pasa un par de días.

Tom y Roberto se preguntan qué habrá sido de Mary.

Tía Berta y Monks hacen lo mismo, mas con distintas intenciones.

Gracias a la petición de informes de la señora

Smith encargada a una agencia, tía Berta y Monks se enteran del paradero de Mary.

—Procura que Roberto no sepa nada de esto. Yo voy a ver a ese Smith a Londres y te juro que la muchacha vuelve conmigo.

—No te comprometas.

—Yo ya sé cómo debo echarle el anzuelo.

Y Monks se traslada a la capital, y se hace anun-



Mary se compadece de las pequeñas.

ciar a Mary en casa del notario, bajo el nombre de Roberto Irwing.

—¿Roberto aquí?—se pregunta asombrada Mary. —Es posible que haya venido?

Vacila entre recibirle y negarse a ello, mas vence el amor, ese amor por el que todo lo diera.

Huelgan comentarios a la pasmosa decepción que

recibe encontrándose frente a Monks en vez de Roberto.

—¿Te asustas, Mary? No soy tu Roberto, pero es el caso que tu tía no puede vivir sin ti y vengo a buscarte de su parte.

—¿Volver allí? ¡Nunca!

—No quiero perder el tiempo. Soy práctico, rápido como mis caballos. Elige entre obedecer a tu tía y a que yo aguarde aquí al señor Smith y le cuente tus amores con ese ingeniero. Se ve que tú te fijas en el postín. Si... Tus escrúpulos en aceptar el dinero de Roberto y la cara que éste puso al enterarse de tu fuga, pusieron al descubierto tu tropiezo. Yo creo que te conviene más lo primero.

—¡Piedad, Monks! Cállese y volveré al bar, pero no ahora.

—No puedo esperar a que te fugues a otra parte. Conque...

—Déjeme o grito.

Acuden los esposos Smith. Monks se oculta, pero no a tiempo de no ser visto por el notario.

—¿Quién es usted?—le pregunta el letrado.

—Soy el ingeniero Roberto Irving.

—¿Cómo?

—¡Miente, señor! ¡Es un miserable que me persigue!

—Salga usted al instante de mi casa o llamaré a la policía.

—No incomodarse. No olvides, Mary, que te esperamos.

Y Monks, enojadísimo, sale a la calle.

—¿Cómo conoce usted a Roberto Irving, señorita?—pregúntale el notario a Mary, intrigado.

La joven quiere sincerarse ante aquellas honra-

das gentes, y la humillante explicación sale de sus labios.

—Adivino que ha habido una mala interpretación por parte de usted de esa entrega de dinero de Roberto a su tía, porque ese muchacho no es capaz de cometer una villanía—opina el notario.

—Usted cree, señor?

—¿Y usted, Mary, no?

—Yo quiero creerlo.

—Esa confianza, ¿ve usted?, es la prueba de su inocencia. Venga usted conmigo a las minas. Aprovecharé mi viaje para ciertos asuntos.

Y el notario redacta en el acto el siguiente telegrama para el tío de Roberto:

Llegaré esta tarde. Tenga preparado dossier de William.

Tomás Smith.

**

La tarde era tempestuosa y fría. El viento huracanado impelia la espesa lluvia que caía furiosamente.

Mary y el notario llegan a Newcastle sin sospechar que Monks seguía sus pasos.

El señor Smith se dirige en un coche a casa del tío de Roberto. Mary se queda en la barcaza, hasta donde la ha acompañado el notario.

Tom recibe a su hada con grandes muestras de júbilo.

—Tía Berta ha ido al pueblo para hablar a Monks y no regresará hasta mañana—le dice—. Y añade: ¡Qué contento estaré el señor Roberto cuando sepa tu vuelta! Mary, voy a decírselo.

—No, Tom, quieto. No quiero que vayas.

Monks, creyendo que Mary acompaña al notario a casa del tío de Roberto, llega a sus cuadras y

sin querer siquiera decir una palabra a tía Berta, que le esperaba, monta a caballo para ir a la mansión de Irving.

Este y el notario se hallan ya en conferencia secreta.

El primero, reconociéndose culpable de la fatal determinación de su hermano, confiesa al notario:

—Es una tortura atroz la que me consume de día en día. Mi intención es decírselo todo a Roberto, y aunque usted no hubiera venido yo le habría llamado para que se hiciera cargo de este *dossier*.

—Aunque sea tarde, el arrepentimiento siempre ennoblecete.

—Esta misma noche Roberto sabrá la verdad. Quédese usted en casa por hoy. Demuéstrele que un arrepentido merece la piedad de los que un día fueron sus amigos.

—Acepto... por hoy.

Mary, rendida, se ha dormido. Tom aprovecha su sueño para ir a contarle a Roberto el regreso de su novia.

El ingeniero hallábase en las galerías de acceso a las minas, inundadas por la lluvia, dirigiendo el desagüe de las mismas.

Avisado de que su tío quería hablarle, Roberto acude a oírle.

Irwing implora a su sobrino que le escuche con calma, y le revela que por haber negado el reembolso de una cantidad prestada por su hermano William sin documento firmado alguno, él se había quedado sin padre.

—Con ese dinero, que hoy es tuyo, pues no puedo guardarlo en mis arcas ni un minuto más, tu padre hubiese podido levantar la suspensión de pagos.

y hoy aun viviría! ¡Perdona a este pobre viejo, Roberto!

—¿Perdonarte, después de saber que tú eres el causante de la muerte de mi padre? ¡Oh, nunca! ¡Te odio! ¡Merecías que te entregase a la justicia!

—Roberto... mi situación financiera era difícil en aquel momento...

—¡Mentira! Eres inmensamente rico. Fué tu ruindad lo que mató a mi padre. ¡Oh, qué infamia!

—¡Perdóname, muchacho! Pídemelo a cambio de tu perdón lo que quieras.

—¡Jamás! ¡No quiero volver a verte, porque te aborrezco!

Al salir del despacho de su tío, Roberto encuentra en la habitación inmediata a Tom, y por él sabe la fausta nueva del retorno de Mary.

Irwing, ante el fracaso de su arrepentimiento, sufre un ataque al corazón y se desploma sin vida al suelo.

Un criado echa al vuelo la tragedia que cree haber visto.

—Don Roberto acaba de matar a don Jorge. Después de una tremenda discusión, el ingeniero ha salido como medio loco mientras su tío caía muerto.

Monks, que rondaba la casa, aprovecha el tumulto de los obreros de las minas, y atiza los ánimos en contra de su rival.

En este momento, Roberto galopa hacia la barcaza. Monks, al verle, exclama, lanzándose en su persecución:

—¡Es él! Vamos a perseguirlo. Yo me adelanto a caballo.

*

**
Mary se había despertado durante la ausencia de Tom.

—Ese ha sido capaz de ir a avisar a Roberto—se había dicho.

Y ella esperaba a su amado, a pesar de que no se decidía a confesárselo a sí misma. Quedaba aún en ella algún recelo.

Furiosamente llamaron a la puerta del bar. Una voz pronuncia con fatiga:

—Mary... Mary... Abre... Soy yo...



—;Ampárame, Mary! Me persiguen.

Ella franquea la entrada en el acto, y entra Roberto.

Mary lo rechaza dominada por sus dudas.

—;Ampárame, Mary! Me persiguen. He oido al salir de mi casa que mi tío ha muerto después de entrevistarse conmigo, y me acusan de su muerte. Te juro por nuestro amor que soy inocente. Monks es quien ha armado en contra mía a los mineros.

—¡Oh, Roberto, yo también he dudado de tu honradez! No, tú no puedes mentir. ¡Ocúltate! Mas, ¿qué sucede? ¡Oh, Monks! Derribó la ventana.

—Vengo por ese bribón.

—¿Por mí? Vamos a ver si eres tan fiero como te pintan. Aquí estoy. Atrévete a tocarme.

Monks, confiado en sus fuerzas, se abalanza a Roberto y a presencia de Mary entablan los dos hombres una lucha cruel.

—Prepárate a no ver más a esa mujer, que ha de ser mía, pues los mineros vienen en tu busca—dile rugiente Monks a Roberto.

Durante la riña, los dos combatientes salen a cubierta.

Los mineros están por llegar.

Mary, al ver a los perseguidores tan cerca, y temerosa de que instigados por Monks los mineros cometan una irreparable barbaridad antes de ponerse en claro la muerte de Irving, toma una suprema resolución, y empuñando una vieja hacha corta las amarras de la embarcación, la cual, así libertada, empieza a derivar sin rumbo.

Los mineros no llegan a tiempo de detener la barcaza.

En cuanto a Roberto y Monks, en un supremo esfuerzo el ingeniero vence a su enemigo, que cae al agua, pereciendo ahogado.

La barcaza atraca al día siguiente fuera del condado de Newcastle, y telefónicamente Roberto se comunica con el notario—cuya llegada a casa de su tío le ha notificado Mary—y se entera de que el doctor titular de la Compañía ha reconocido que la muerte de Irving ha sido natural, quedando así demostrada su inocencia.

La propiedad de las minas corresponde a Ro-

berto por ser el pariente más cercano del difunto, y como Mary ya no le mira con prevención, el ingeniero cree llegado el momento de comenzar una nueva vida con la dulce mujer que ha conquistado su corazón.

Mary no se olyuda de Tom, a quien ella y Roberto protegerán; pero borra para siempre de su memoria el nombre de tía Berta.

Para que no quede punto por aclarar, sépase que la muerte de Monks fué imputada, por las mismas autoridades enteradas de los hechos, a un caso de legítima defensa.

Y la felicidad que tanto merecían sonrió siempre a Mary y a Roberto, cuya boda se efectuó un tiempo prudencial después de aquellos dolorosos sucesos.

FIN

*Prohibida la reproducción.
Revisado por la censura militar.*

Con esta novela exija V. la postal obsequio de **Maria Jacobini**

PRÓXIMO NÚMERO: La alta comedia de gran asunto

LLAMAS DE JUVENTUD

Intérpretes principales: Colleen Moore, Myrtle Stedman, Elliot Dexter, Milton Sills, etc. — Exclusiva Gaumont.

Postal-obsequio: JAQUE CATELAIN

10 fotografías
30 céntimos

La Novela Femenina Cinematográfica
Sale todos los viernes en toda España

NÚMEROS PUBLICADOS: 1. Genoveva de Brabante - 2. Los héroes del mar - 3. El testamento del capitán Applejack - 4. La orfandad de Chiquilín - 5. Sin rumbo.

POSTAL - OBSEQUIO: 1. Viola Dana - 2. Thomas Meighan - 3. Priscilla Dean - 4. Herbert Rawlinson - 5. Maria Jacobini.

TALLERES DE LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA - BARCELONA

